

EL TEMA DE LA MUJER EN GARCIA LORCA

Nadie como García Lorca ha hecho sentir más hondamente la sujeción impuesta a la mujer por una serie de prejuicios ancestrales. Nadie, como él, ha mostrado con más crudeza que la vida de muchas mujeres suele ser una silenciosa tragedia de anhelos sofocados y de esperanzas muertas.

Federico García Lorca, como es sabido, nació en Fuente Vaqueros, cerca de Granada, tierra de Andalucía.

Doña María Martínez Sierra en su libro *Una mujer por caminos de España*, que data de unas tres décadas por lo menos, hace esta categórica declaración: "Porque en Granada y su provincia la mujer no existe. No cuenta. A nadie se le ha ocurrido que pudiera contar, ni a ella ni a nadie".

La situación actual de la mujer andaluza puede apreciarse a través de este diálogo que pertenece a un novelista español de nuestros días, Juan Goytisolo. El relato de donde fue tomado lleva la fecha de marzo de 1958. La acción transeurre en un pueblo pesquero del sur. Los protagonistas, hasta ese momento, sólo habían tropezado con los hombres del lugar:

¿Dónde se meten las mujeres? —preguntó Dolores—. En la calle no se ve ninguna.

En sus casas. La que sale fuera es mal vista.

¿Y las solteras?

Casadas o solteras. Es lo mismo.

En 1918, García Lorca, que entonces sólo tenía diecinueve años, escribió una Elegía, incluida más tarde en su *Libro de*

Poemas, en la que pone de manifiesto, con honda penetración, los sentimientos que le inspira el destino cerrado de la mujer de su tierra:

En tus manos blancas
llevas las madejas de tus ilusiones,
muertas para siempre. . .

¡Oh, mujer esbelta, maternal y ardiente!
Virgen dolorosa que tiene clavadas
todas las estrellas del cielo profundo
en su corazón ya sin esperanza.

Eres el espejo de una Andalucía
que sufre pasiones gigantes y calla,
pasiones mecidas por los abanicos
y por las mantillas sobre las gargantas
que tienen temblores de sangre, de nieve
y arañazos rojos hechos por miradas.

La tristeza inmensa que flota en tus ojos
nos dice tu vida rota y fracasada,
la monotonía de tu ambiente pobre
viendo pasar gente desde tu ventana,
oyendo la lluvia sobre la amargura
que tiene la vieja calle provinciana,
mientras que a lo lejos suenan los clamores
turbios y confusos de unas campanadas.

En estas estrofas juveniles, en las que apenas asoma el estilo lorquiano, está en germen la figura de una de las heroínas más destacadas del teatro de García Lorca: doña Rosita la Soltera.

Las mujeres siempre protagonizan el teatro lorquiano, desde *Mariana Pineda* hasta *La casa de Bernarda Alba*. En esta última obra no aparece uno solo hombre en escena.

Mariana Pineda fue escrita en 1927, en plena dictadura militar de Primo de Rivera. Con la denominación de "romance popular en tres estampas" el autor pone en escena la figura de la noble dama granadina ajusticiada en 1831, a los veinti-

tisiete años, por haberse implicado en una conspiración contra Fernando VII. Todavía no surgen aquí los rasgos característicos del lenguaje de García Lorca, aunque aparecen de vez en cuando como signos anunciadores de *Yerma* y de *Bodas de sangre*. Cuando la tía vieja ve a Marianita bordando la bandera de la libertad que habrán de enarbolar los conjurados, se acongoja ante ese desplante inusitado en una mujer granadina:

Ella debe dejar esas intrigas.
¡Qué le importan las cosas de la calle!
Y si borda, que borde unos vestidos
para su niña, cuando sea grande.
Que si el Rey no es buen Rey, que no lo sea;
las mujeres no deben preocuparse.

Tres años después de *Mariana Pineda* García Lorca estrena *La zapatera prodigiosa*, calificada de farsa violenta en dos actos.

Señala Alfredo de la Guardia que ésta es la primera obra teatral a la que García Lorca impone cierto ritmo musical que lleva la farsa, en ciertos momentos, a un compás bailable. Recordemos que Juan José Castro compuso una ópera sobre esta pieza de teatro.

La zapatera prodigiosa es una farsa, por tanto no se ahondan en ella ciertos problemas referentes a la mujer. Pero la psicología femenina es de un acierto indiscutible y muchas situaciones, en son de burla, denuncian verdades que duelen.

Emmanuel Mounier, en un ensayo sobre la vida privada, nos habla del "destino de vencidas" de muchas mujeres y califica ese estado de ánimo como un "renunciamento anticipado a su vocación espiritual". Creemos que nadie ha interpretado mejor que García Lorca ese pensamiento de Mounier al encarnar esa conmovedora tragedia femenina en un personaje inolvidable: doña Rosita la Soltera.

Doña Rosita la Soltera o *El lenguaje de las flores*, poema granadino del novecientos, dividido en varios jardines, con es-

cenar de canto y baile. Tal es el título completo de la obra. El autor, mucho antes del estreno, se refirió a ella como a una sátira de la vida provinciana protagonizada por una solterona cursi. Ese pudo haber sido el propósito del joven escritor, pero el impetuoso torrente de poesía que lo arrastraba se apoderó del tema e hizo que el proyecto resultara muy otra cosa: un verdadero poema cuya heroína encarna ese “destino de vencidas”, ese “renunciamento anticipado a su vocación espiritual” de que nos habla Emmanuel Mounier.

La acción transcurre en un carmen de Granada. Rosita, joven veinteañera, vive allí entre la tía que le sirvió de madre, el tío que la adora casi tanto como a las rosas que cultiva apasionadamente y la vieja Ama que sólo desea su felicidad. Está de novia con un primo, pero el joven debe irse lejos, a tierras americanas, a reunirse con el padre para trabajar con él. Promete volver y no vuelve nunca. Esa es toda la tragedia: durante veinte años doña Rosita aguarda el regreso de su novio porque ha hecho de ese novio el eje de su vida y ha renunciado anticipadamente a todo por él. Día tras día, año tras año espera, y esperando se olvida de vivir. Se va quedando sola y vacía. Su vida se va deshojando como la rosa mudable del jardín de su tío.

La tía, que ha volcado en ella todo su instinto maternal, intuye la tragedia en sus comienzos y le reprocha amargamente al novio su decisión de irse tan lejos:

“Vas a clavar una flecha con cintas moradas sobre su corazón. Ahora se enterará de que las telas no sólo sirven para hacer flores sino para empapar lágrimas... La lengua se me debió pegar en el cielo de la boca antes de consentir tu noviazgo; porque mi niña se queda sola en estas cuatro paredes, y tú te vas libre por el mar, por aquellos ríos, por aquellos bosques de toronjas, y mi niña aquí, un día igual a otro; y tú allí: el caballo y la escopeta para tirarle al faisán”.

Rosita, a pesar de su enamoramiento, no deja de presentir el abandono cuando exclama dolidamente:

¿Por qué tus ojos traidores
con los míos se fundieron?
¿Por qué tus manos tejieron
sobre mi cabeza, flores?
¡Qué luto de ruiseñores
dejas a mi juventud,
pues siendo norte y salud
tu figura y tu presencia
rompes con tu cruel ausencia
las cuerdas de mi laúd!

Con ternura ella le advierte al novio que se va:

Mira que yo bordaré
sábanas para los dos.

En vano él le prodiga juramentos:

¡Ay, prima, tesoro mío!
ruiseñor en la nevada,
deja tu boca cerrada
al imaginario frío;

He de volver, prima mía,
para llevarte a mi lado
en barco de oro cuajado
con las velas de alegría;
luz y sombra, noche y día,
sólo pensaré en quererte.

Por los diamantes de Dios
y el clavel de su costado,
juro que vendré a tu lado.

A todas esas promesas Rosita responde con este lamento:

Pero el veneno que vierte
amor, sobre el alma sola,
tejerá con tierra y ola
el vestido de mi muerte.

La vieja Ama es la que más se indigna :

“Si fuera un hombre no se iría... ¡Ay, qué lástima de mi niña! ¡Ay, qué lástima! ¡Ay, qué lástima! ¡Estos son los hombres de ahora! Pidiendo ochavitos por las calles, me quedo yo al lado de esta prenda. Otra vez vienen los llantos a esta casa. ¡Ay, señora!”.

El tío, perdido entre sus rosas, no llega a darse cuenta de la tragedia familiar, pero nos describe la rosa mudable que se va a convertir en símbolo de la vida de Rosita :

Cuando se abre en la mañana
roja como sangre está;
el rocío no la toca
porque se teme quemar.
Abierta en el mediodía
es dura como el coral,
el sol se asoma a los vidrios
para verla relumbrar.
Cuando en las ramas empiezan
los pájaros a cantar
y se desmaya la tarde
en las violetas del mar,
se pone blanca, con blanco
de una mejilla de sal;
y cuando toca la noche
blando cuerno de metal
y las estrellas avanzan
mientras los aires se van,
en la raya de lo oscuro
se comienza a deshojar.

Y comienza la espera. Cartas van, cartas vienen, en tanto que los años pasan inexorablemente. La vieja Ama se impacienta :

“¿A usted le parece bien que un hombre se vaya y deje ya quince años plantada a una mujer que es la flor de la manteca? Ella debe casarse. Ya me duelen las manos de guardar mantelerías de encaje de Marsella y juegos de cama adornados de guipure y caminos de mesa y cubrecamas de gasa

con flores de realce. Es que ya debe usarlos y romperlos, pero ella no se da cuenta de cómo pasa el tiempo. Tendrá el pelo de plata y todavía estará cosiendo cintas de raso libérti en los volantes de su camisa de novia”.

El tiempo es implacable. Aunque Rosita se aferra a la quimera de su noviazgo, porque ella tiene “las raíces muy hondas y muy bien hincadas en sus sentimientos”, le es forzoso, al final, rendirse a la evidencia y en el último acto, cuando ya marchita tiene que bandonar el carmen después de la muerte del tío, nos abre un poco su corazón:

“Me he acostumbrado a vivir muchos años fuera de mí, pensando en cosas que estaban muy lejos, y ahora que estas cosas ya no existen, sigo dando vueltas por un sitio frío, buscando una salida que no he de encontrar nunca. Yo lo sabía todo. Sabía que se había casado; ya se encargó un alma caritativa de decírmelo, y he estado recibiendo sus cartas con una ilusión llena de sollozos que aun a mí misma me asombraba. Si la gente no hubiera hablado; si vosotras no lo hubiérais sabido; si no lo hubiese sabido nadie más que yo, sus cartas y su mentira hubieran alimentado mi ilusión como el primer día de su ausencia. Pero lo sabían todos y yo me encontraba señalada por un dedo que hacía ridícula mi modestia de prometida y daba un aire grotesco a mi abanico de soltera. Cada año que pasaba era como una prenda íntima que arrancaran de mi cuerpo... Ya soy vieja... Todo está acabado... y sin embargo, con toda la ilusión perdida, me acuesto y me levanto con el más terrible de los sentimientos, que es el sentimiento de tener la esperanza muerta”.

En la vieja tía asoman intentos de rebelión ante la magnitud del desengaño: “Ese es el defecto de las mujeres decentes de estas tierras. ¡No hablar! No hablamos y tenemos que hablar”.

El Ama no tiene consuelo:

“Pero esto de mi Rosita es lo peor. Es querer y no encontrar el cuerpo; es llorar y no saber por quien se llora, es suspirar por alguien que uno sabe que no se merece los sus-

piros. Es una herida abierta que mana, sin parar, un hilito de sangre y no hay nadie, nadie del mundo, que traiga los algodones, las vendas o el precioso terrón de nieve”.

Doña Rosita, empero, se resigna a su drama de no haber vivido: “Sería el cuento de nunca acabar. Yo sé que los ojos los tendrá siempre jóvenes, y se que la espalda se me irá curvando cada día. Después de todo, lo que me ha pasado le ha pasado a mil mujeres”.

Es difícil encontrar una obra en la que se ofrezca de una manera más descarnada la soledad de la vida de una mujer. Esa larga espera inútil nos llena de angustia. Comprendemos que eso es monstruoso, que eso ya no debe existir, que las mujeres ya no deben poner los ojos en quimeras engañosas que les chupan los jugos de la existencia, que las mujeres ya no deben renunciar a vivir su vida propia por perseguir ilusiones fantasmales que al final se disipan y las dejan vacías.

En la tragedia *Bodas de sangre* el personaje de la Madre sintetiza admirablemente el concepto tradicional sobre el destino de la mujer:

“¿Tú sabes lo que es casarse, criatura?... Un hombre, unos hijos y una pared de dos varas de ancha para todo lo demás”.

Y esa limitación del horizonte, hecha en forma gráfica, vuelve a aparecer a lo largo de toda la obra. Cuando la Madre rememora su viudez, declara: “Yo no miré a nadie. Miré a tu padre, y cuando lo mataron miré a la pared de enfrente. Una mujer con un hombre, y ya está”.

Mientras la abandonada mujer de Leonardo llora su infortunio su madre la consuela en esta forma:

Tú, a tu casa.
Valiente y sola en tu casa.
A envejecer y a llorar.
Pero la puerta cerrada.

Echate un velo en la cara.
Tus hijos son hijos tuyos

nada más. Sobre la cama
pon una cruz de ceniza
donde estuvo su almohada.

El encierro es el destino inexorable de las mujeres. Al hablar de los nietos que habrán de llegar la Madre exterioriza su más profundo anhelo:

“Sí, pero que haya niñas. Que yo quiero bordar y hacer encaje y estar tranquila... ¡Los varones son del viento! Tienen por fuerza que manejar armas. Las niñas no salen jamás a la calle”.

La Novia sabe muy bien que deberá vivir encerrada en la casa de su marido así como vivió encerrada en la de su padre, trabajando sin cesar. La Madre del Novio aprueba la boda porque la muchacha es hacendosa, “amasa su pan y cose sus faldas”. El mejor elogio que el padre campesino encuentra para su hija es recordar: “No habla nunca”.

La voz de la muchacha no se escucha en la casa, pero sus manos están siempre ocupadas. Se levanta al alba y no descansa en todo el día. Para ella no hay faena pesada. Por eso, en su amargura de mujer frustrada, se la oye exclamar: “¿No he hecho yo trabajos de hombre? ¡Ojalá fuera!”. Y la expresión de este deseo nos indica que ella, tan hondamente mujer, siente demasiado sobre sus hombres la abrumadora carga de su angustiada impotencia.

En ese mundo el hombre es el amo. Nadie discute sus poderes. Es el que manda. Las mujeres lo saben y lo aceptan. La Madre del Novio da estos consejos a su hijo:

“Con tu mujer procura estar cariñoso, y si la notas infatuada o arisca, hazle una caricia que produzca un poco de daño, un abrazo fuerte, un mordisco y luego un beso suave. Que ella no pueda disgustarse, pero que sienta que tú eres el macho, el amo, el que mandas. Así aprendí de tu padre. Y como no lo tienes, tengo que ser yo la que te enseñe estas fortalezas”.

Las mujeres sólo pueden atisbar la vida desde el encierro. Y esperar. ¿Qué esperan? Cualquier cosa que turbe la mono-

tonía de la existencia. A veces se consumen esperando, como le pasó a la madre de la Novia que era de una tierra llena de árboles y se agostó en los secanos.

Todas estas mujeres campesinas conocen su destino y lo aceptan resignadamente, como una fatalidad, como una imposición, como algo que se recibe al nacer.

En *Yerma* nos encontramos con la honda tragedia de la mujer estéril. Esa vida campesina, de tan estrechos horizontes, puede hacerse llevadera cuando la casa está llena de bullicio de niños. "Cada mujer tiene sangre para cuatro o cinco hijos y cuando no los tiene se les vuelve veneno, como me va a pasar a mí", dice Yerma.

Yerma ansía un hijo desesperadamente. Clama por él:

¿De dónde vienes, amor, mi niño?
"De la cresta del duro frío".
¿Qué necesitas, amor, mi niño
La tibia tela de tu vestido.

Que se agiten las ramas al sol
y salten las fuentes alrededor.

Te diré, niño mío, que sí,
trinchada y rota soy para tí.
¡Cómo me duele esta cintura
donde tendrás primera cuna!
¿Cuándo, mi niño, vas a venir?
Cuando tu carne huela a jazmín.

A Juan, el marido, no lo preocupa la falta de herederos. Trabaja duramente, ensancha sus tierras y multiplica sus ganados. Hasta llega a expresar satisfacción: "No tenemos hijos que gasten". Pero el hecho de convivir con una mujer cuyas inquietudes crecen día a día comienza a turbar la tranquilidad del campesino. No alcanza a comprender cómo pudieron éstas anidarse en un pecho femenino cuando es tan simple la misión de las hembras: obedecer y callar. El hombre teme la maledicencia de pueblo chico, lo que dirán *las gentes*. A cada momento le recuerda a Yerma sus obligaciones:

“Si necesitas algo me lo dices y lo traeré. Ya sabes que no me gusta que salgas... La calle es para la gente desocupada... ¿Es que no conocés mi modo de ser? Las ovejas en el redil y las mujeres en su casa”.

Yerma termina por rebelarse:

“Justo. Las mujeres dentro de sus casas. Cuando las casas no son tumbas. Cuando las sillas se rompen y las sábanas de hilo se gastan con el uso. Pero aquí no. Cada noche, cuando me acuesto, encuentro mi cama más nueva, más reluciente, como si estuviera recién traída de la ciudad”.

La convicción de que su casa no rebosará nunca de chiquillos inquietos que todo lo manosean en su incesante actividad va llenando a Yerma de una desesperación impotente. La campesina sabe cuan limitado es el horizonte que la ciñe:

“Los hombres tienen otra vida, los ganados, los árboles, las conversaciones, y las mujeres no tenemos más que ésta de la cría y el cuidado de la cría”.

No en balde el coro de las lavanderas canta:

¡Pero, ay de la casada seca!
¡Ay de la que tiene los pechos de arena!

Y en vano clama Yerma:

¡Ay, qué prado de pena!
¡Ay, qué puerta cerrada a la hermosura,
que pido un hijo que sufrir, y el aire
me ofrece dalias de dormida luna.
¡Ay, pechos ciegos bajo mi vestido!
¡Ay, palomas sin ojos ni blancura!
¡Ay, qué dolor de sangre prisionera
me está clavando avispas en la nuca!
Pero tú has de venir, amor, mi niño,
porque el agua da sal, la tierra fruta,
y nuestro vientre guarda tiernos hijos,
como la nube lleva dulce lluvia.

A medida que se aleja la esperanza de lograr esa tan ansiada maternidad la angustia de Yerma se va convirtiendo en

rencor. Ella misma declara que se está llenando de odio. Llega a maldecirse:

“Maldito sea mi padre que me dejó su sangre de padre de cien hijos. Maldita sea mi sangre que los busca golpeando por las paredes”.

Inútilmente la gente que la rodea trata de calmarla, le habla de resignación, le señala otros caminos para la felicidad. Yerma está empeñada:

“Yo he venido a estas cuatro paredes para no resignarme. Cuando tenga la cabeza atada con un pañuelo para que no se me abra la boca, y las manos bien amarradas dentro del ataúd, en esa hora, me habré resignado”.

Y en cierta oportunidad exclama dolorosamente: “¡Ay, si los pudiera tener yo sola!”.

“Está bien que una casada quiera hijos —le dice una vieja campesina— pero si no los tiene, ¿por qué esa ansia de ellos? Lo importante de este mundo es dejarse llevar por los años. No te critico... ¿Pero qué vega esperas dar a tu hijo ni qué felicidad, ni qué silla de plata?”.

A lo que Yerma contesta:

“Yo no pienso en el mañana, pienso en el hoy. Tú estás vieja y lo ves ya todo como un libro leído. Yo pienso que tengo sed y no tengo libertad. Yo quiero tener a mi hijo en los brazos para dormir tranquila, y óyelo bien y no te espantes de lo que digo: aunque yo supiera que mi hijo me iba a martirizar después y me iba a odiar y me iba a llevar de los cabellos por las calles, recibiría con gozo su nacimiento, porque es mucho mejor llorar por un hombre vivo que nos apuñala que llorar por este fantasma sentado años tras año encima de mi corazón”.

Yerma está convencida de que “la mujer de campo que no da hijos es inútil como un manojo de espinos, y hasta mala...”. Recurre a todos los conjuros posibles hasta culminar en la peregrinación a la ermita. Allí, en medio de las oraciones y las bacanales de la romería, la acción llega a su trágico

co final. En un rapto de enajenación Yerma mata a su marido y se queda sola, tranquila, "con el cuerpo seco para siempre".

En *La casa de Bernarda Alba*, última pieza escrita por García Lorca, es donde aparece más crudamente esa tremenda vaciedad en que puede convertirse la vida de una mujer. "Drama de mujeres en los pueblos de España" reza el subtítulo. Y es en verdad un drama de mujeres: ningún hombre pisa la casa de Bernarda.

La acción comienza inmediatamente después de los funerales de Antonio María Benavides, campesino acomodado que deja cinco hijas a cargo de su viuda, Bernarda Alba. Apenas alzado el telón sentimos que esas figuras enlutadas que llenan la escena nos pesan como plomo sobre el espíritu. Comprendemos que el luto que llevan es por sus propias almas que se les han muerto.

Despótica, absorbente, despiadada, cerrada a todo sentimiento de bondad, Bernarda exige el más absoluto sometimiento "Tirana de todos los que la rodean —dice de ella la vieja Poncia—. Es capaz de sentarse encima de tu corazón y ver cómo te mueres durante un año sin que se le cierre esa sonrisa fría que lleva en su maldita cara".

Frente a las hijas y las criadas Bernarda lanza sus dictados inexorables que carecen de toda apelación: "En ocho años que dure el lute no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo". Cuando las hijas van a misa las acompaña la voz amenzadora que les advierte: "Las mujeres en la iglesia no deben mirar más hombre que al oficiante y ése porque tiene faldas".

Bernarda se enorgullece de su casta y no permitirá jamás que las hijas alternen con gente de categoría inferior. Prefiere verlas encerradas, marchitándose, consumiéndose entre las cuatro paredes de la casa, cercenadas de la vida pueblerina cuyos ecos apenas llegan hasta el interior de esa cárcel familiar. Nadie puede sublevarse contra ese destino: "Eso tiene

ser mujer... Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón...".

La mayor de las hijas, Angustias —ya de treinta y nueve años—, es la única que lleva miras de casarse, respondiendo su noviazgo a un complicado juego de intereses económicos. Las otras están condenadas a la soltería. Con soberbia declara la madre: "¡No ha tenido novio ninguna ni les hace falta!... No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase... No os hagáis ilusiones de que vais a poder conmigo. ¡Hasta que salga de esta casa con los pies adelante mandaré en lo mío y en lo vuestro!... Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga".

El drama sombrío se va desenvolviendo lentamente y las mujeres roídas por pasiones que deben contener nos van mostrando algunas parcelas de sus almas laceradas.

A veces es la vieja Poncia que cultiva sus rencores de treinta años y sólo anhela encerrarse alguna vez en un cuarto con Bernarda para escupirla durante un año entero "hasta ponerla como un lagarto machacado por los niños". A ratos es Angustias, la desgarrada solterona que se hace la ilusión de una próxima boda. O bien la reconcentrada Martirio cuyos ojos todo lo escudriñan y que no esperando nada de la vida sufre el tormento de que otras esperen y logren lo que desean. Martirio que exhala a veces una aparente resignación:

"Es preferible no ver a un hombre nunca. Desde niña les tuve miedo. Los veía en el corral uncir los bueyes y levantar los costales de trigo entre voces y zapatazos y siempre tuve miedo de crecer por temor de encontrarme de pronto abrazada por ellos. Dios me ha hecho débil y fea y los ha apartado definitivamente de mí".

Pero alguien en la casa no se ha resignado. Es Adela, la hija menor, una muchacha de veinte años que no quiere acostumbrarse al encierro, que odia su vestido de luto, que se ha enamorado perdidamente de un hombre y sabe que su amor es pecado porque le está robando el novio a su hermana An-

gustias. La vieja Poncia la descubre y se lo reprocha, pero Adela ya no puede contener su pasión: "Es inútil tu consejo. Ya es tarde. No por encima de ti que eres una criada, por encima de mi madre saltaría para apagar este fuego que tengo levantado por piernas y boca". Y cuando se enfrenta con Martirio, cuya intervención responde más a un turbio sentimiento de celo amoroso que a solícito cariño fraternal, la muchacha le grita enfurecida: "Esto no es más que el comienzo. He tenido fuerzas para adelantarme. El brío y el mérito que tú no tienes. He visto la muerte debajo de estos techos y he salido a buscar lo que era mío, lo que me pertenecía".

Frente a la madre inhumana y despótica, convertida en el cerrojo de sus hijas, aparece la abuela viviendo en su locura una libertad que nunca disfrutó. Y sentimos que las palabras de la vieja loca traducen el íntimo sentir de las mujeres encerradas en la lúgubre casona:

"Me escapé porque me quiero casar, porque quiero casarme con un varón hermoso de la orilla del mar, ya que aquí los hombres huyen de las mujeres. No, no me callo. No quiero ver a estas mujeres solteras, rabiando por la boda, haciéndose polvo el corazón, y yo me quiero ir a mi pueblo. Bernarda, yo quiero un varón para casarme y para tener alegría".

Si el final de *Doña Rosita la Soltera* nos deja con un nudo en la garganta, *La casa de Bernarda Alba* nos pone una piedra sobre el pecho. Y pensamos que ya es hora de que la afirmación de Emmanuel Mounier, *la mujer es también una persona*, llegue a ser una efectiva realidad.

Como puñales sentimos que se nos clavan en el alma las trágicas palabras de Yerma, cargadas de simbolismo:

"Cuando salí por mis claveles me tropecé con el muro. ¡Ay! ¡Ay! Es en ese muro donde tengo que estrellar mi cabeza".

MARTA ELENA SAMATAN

Güemes 3171 Santa Fe

